

fin tropas numerosas. Me dió miedo; tomé aparte á madama Danton y la dije: «Vámonos.» Ella se rió de mi miedo; pero á fuerza de repetírselo, la dió miedo también. Yo le dije á su madre: «Adios, no tardaréis en oír tocar á somatén...» Cuando llegó á su casa vió que todos se armaban. Camilo, mi querido Camilo llegó con un fusil. ¡Oh Dios! Me escondí en la alcoba, me oculté el rostro con las manos y me eché á llorar. Sin embargo, no queriendo mostrar tanta debilidad y decir á Camilo en voz alta que no quería que se mezclara en todo aquello, aguardé el momento en que podía hablarle sin que nos oyese, y le manifesté todos mis temores. Me tranquilizó diciéndome que no se separaría de Danton. Después supe que se había expuesto. Fréron parecía dispuesto á sucumbir. «Estoy cansado de la vida, decía, y sólo busco la muerte.» A cada patrulla que venía, creía verlos por ultima vez. Fuí á refugiarme en el salón que estaba á oscuras, para no ver todos aquellos preparativos... Partieron nuestros patriotas; fuí á sentarme cerca de un lecho, rendida, aniquilada, aletargándome á ratos; y cuando quería hablar desvariaba. Danton volvió á acostarse; no parecía muy preocupado y casi no salió. Se acercaba la media noche; fueron á buscarle varias veces; por fin salió y se fué á la Comuna. El somatén de los Franciscanos sonaba, sonaba largo tiempo. Sola, bañada en lágrimas, arrodillada ante la ventana, ocultándome con el pañuelo, escuchaba el sonido de aquella campana fatal. Volvió Danton. Fueron varias veces á darnos buenas y malas noticias; creí comprender que su proyecto era ir á las Tullerías y se lo dije sollozando. Creí que iba á desmayarme. Madama Robert preguntaba á todo el mundo por su marido. «Si muere, me dijo, no le sobreviviré. Pero ese Danton, si mi marido perece, soy mujer para darle de puñaladas... Camilo volvió á la una; se durmió recostado en mi hombro... Madama Danton parece que se preparaba para la muerte de su marido. Por la mañana sonó el cañón. Lo oye, palidece, y se cae desvanecida...

«¿Qué va á ser de nosotros, oh mi pobre Camilo? ya no me quedan fuerzas para respirar... ¡Dios mio! si es verdad que existes, salva á los hombres que son dignos de fe... Queremos ser libres; ¡oh, Dios, que cueste tanto!...»



## CAPITULO VIII

### El 10 de Agosto

El pensamiento del 10 de Agosto.—Los vencedores del 10 de Agosto —Las secciones nombran comisionados y los envían al Hotel de Ville.—Precauciones militares de la corte que retiene á Petion en las Tullerías.—Petion en libertad —La nueva comuna prepara el camino á la insurrección.—Estado interior del castillo.—Los nobles, los suizos, la guardia nacional.—El rey intenta pasar revista.—El rey universalmente abandonado —La Comuna detiene al comandante de la guardia nacional.—Muerte de Mandat.—El rey abandona el castillo con la reina.—La vanguardia de la insurrección se presenta en las Tullerías; es sorprendida, degollada, dispersada.—¿Esperaba la corte descargar un golpe sobre la Asamblea?—La insurrección ataca las Tullerías.—El rey manda que cese el fuego cuando ya no tiene esperanzas.—Defensa obstinada de los suizos, su heroica retirada.—La guardia nacional en masa se decide en favor de la insurrección.—Matanza de los suizos.—Clemencia y moderación de los vencedores del 10 de Agosto.

La noche del 10 de Agosto fué muy hermosa, iluminada dulcemente por la luna, tranquila hasta media noche, y aun un poco después. A aquella hora no había aun nadie ó casi nadie por las calles. En particular el barrio de San Antonio estaba silencioso. La población dormía esperando la hora del combate.

Y sin embargo, por la tarde había corrido el rumor de que una columna enviada por las Tullerías iba á atacar el Hotel de Ville. Se temía una sorpresa. Fuertes patrullas de guardia nacional iban y venían por el barrio. Todas las ventanas estaban iluminadas. Tantas luces en

una noche tan hermosa, aquellas luces solitarias para no alumbrar á nadie, eran de un efecto extraño y siniestro. Se comprendía que aquella iluminación no era la de una fiesta.

¿Cuál era el pensamiento dominante conque se había dormido el pueblo y que sirvió de almohada á tantos hombres cuya última noche fué aquella? Uno de los combatientes del 10 de Agosto, que vive todavía, me lo ha explicado claramente: «Se quería acabar con los enemigos públicos: no se hablaba ni de república ni de monarquía; *se hablaba del extranjero*, del comité austriaco que nos le iba á traer. Un rico panadero del Marais, vecino mía, me dijo cuando era más vivo el fuego, en el patio de las Tullerías: «Es un gran pecado el matar tantos cristianos; pero al fin estos menos serán para abrir la puerta al Austria.»

El 10 de Agosto, digámoslo, fué un gran acto de la Francia. Sin género ninguno de duda habría perecido si no hubiera tomado las Tullerías.

La cosa era muy difícil. No fué en manera alguna ejecutada, como se ha dicho, por un *hacinamiento de populacho*, si no verdaderamente por el pueblo; quiero decir, por una masa compuesta de hombres de todas clases: militares y no militares, obreros y burgueses, parisienses y provincianos. Varios barrios de París enviaron sin excepción á todos los hombres que podían combatir; en la sección de los Mínimos, por ejemplo, de mil hombres inscritos se presentaron seiscientos, proporción considerable, cuando se sabía demasiado que no se trataba de una parada, sino de una cosa muy seria. Los hombres con picas componían casi en su totalidad las primeras bandas que se presentaron muy temprano ante el castillo; pero el ejército de la insurrección, el que se apoderó de él, tenía pocas, en comparación; estaba armado de fusiles. Su columna principal, que se reunió entre siete y ocho, se escalonó desde la Bastilla á la Greve, constaba de ochenta ó cien compañías, cada una de cien hombres armados regularmente; eran cerca de ocho ó diez mil guardias nacionales. Había allí dos ó tres mil hombres armados de picas, mezclados entre los batallones de aquellas diez mil bayonetas. Esto es lo que nos han referido los testigos y actores aun vivientes del 10 de Agosto. En cuanto á la vanguardia que afrontó el primer peligro, forzó la entrada del castillo y realizó la más ruda y peligrosa operación, se componía, como es sabido, de quinientos federados marseleses, escogidos con cuidado entre antiguos militares, de trescientos federados bretones, el honor y el valor en persona, de los cuales habían servido muchos. Y lo que no se ha dicho en ninguna parte, pero es más que verosímil, aquellos valientes debieron ser apoyados por otros valientes, mucho más animados todavía, por la masa de los guardias franceses, convertidos por Lafayette en guardia nacional á sueldo y licenciados recientemente con tanta imprudencia como ingratitude. Ya volveremos sobre esto.

Todo ello fué obra de un mismo movimiento de indignación y de patriotismo. No hubo ningún preparativo, ningún jefe, á pesar de cuan-

to se ha dicho. Lejos de que hubiera ningún individuo con bastante influencia en aquel momento para sublevar al pueblo, los mismos clubs hicieron muy poco para ello. Estaban menos frecuentados en el mes de Agosto que en ninguna otra época del año. Se cansaban de su charla eterna; se comprendía que lo que se necesitaban eran actos. Sus mejores oradores predicaban en desierto.

Lo que provocó la insurrección y la hizo estallar un día poco ordinario, un viernes, es que los marseleses, que carecían de recursos en París, querían combatir ó marcharse. Parece que el somatén sonó primero en los Franciscanos, donde se hallaban alojados. Respondió el barrio de San Antonio y siguió luego el resto de la ciudad. Las secciones, como ya hemos visto, estaban de acuerdo; de cuarenta y ocho habían votado el destronamiento del rey cuarenta y siete. El 8 de Agosto, antes de media noche, habían hecho el acto decisivo de nombrar cada una tres comisionados, *para que se reunieran en la Comuna y salvaran á la patria*. Tal fué el poder general y vago que recibieron. Aquellos comisionados fueron en su mayor parte hombres oscuros, desconocidos, ó por lo menos muy secundarios. No fueron nombrados ni Marat, ni Robespierre, ni ninguno de los grandes jefes de la opinión. Danton, lo mismo que Marat, pertenecían á la antigua municipalidad. Los comisionados fueron de uno en uno al Hotel de Ville, sin armas, y les dejaron entrar. Se encontraron con el antiguo consejo de la Comuna en sesión permanente, pero muy poco numeroso, disminuyendo de día en día su número. Cerca del Hotel de Ville, en el arco de San Juan, principal salida de la calle de San Antonio que desembocaba en la Greve había sido apostada una fuerza considerable por el comandante general de la guardia nacional, Mandat, fayettista entusiasta y realista constitucional. Aquella fuerza le respondía del Hotel de Ville y guardaba el paso; su consigna era dejar que pasasen los del barrio y atacarlos por la retaguardia.

Además había situado Mandat artillería en el Puente Nuevo, de suerte que si el barrio llegaba hasta allí, era ametrallado y no podía operar su unión con los Franciscanos y el barrio de San Marcelo.

Todo esto no era lo más apropiado para dar ánimos á los comisionados de las secciones enviadas al Hotel de Ville. ¿Cómo había de reemplazar á la antigua Comuna realista y constituirse en autoridad soberana de París? Esta era la cuestión. El somatén tocaba en todas partes sin producir grandes resultados. El ejército de la corte estaba en pie hacía largo tiempo, arma al brazo; el ejército de la insurrección estaba acostado; alrededor de los Quinze-Vingts no había reunidos mil quinientas personas. Unicamente escudriñando en las largas y profundas callejuelas que desembocan en las calles del barrio de San Antonio se empezaban á ver luces en movimiento, hombres que iban y venían. Algunos, más diligentes, estaban en las puertas, preparados con armas, esperando otros. Muchos estaban perezosos; oían tocar á somatén pero no

era costumbre empezar una asonada á media noche; había sobre esto una tradición reconocida.

Aquel retraso era espantoso. Varios comisionados de las secciones, reunidos en el Hotel de Ville, se lamentaban de que se hubiera tocado á somatén. La antigua Comuna se había evaporado ó poco menos. Pero para constituir la nueva, no se veían los comisionados suficientemente apoyados. Lo que aumentaba su confusión era que, en aquel momento, tenía la corte en rehenes al alcalde popular de París, á Petion. También tenía á Roederer, procurador síndico del departamento. En caso necesario podía hacer hablar á las dos primeras autoridades de la ciudad, al departamento y á la alcaldía. Petion, al que llamaron á las once desde el castillo, no se había atrevido á negarse á ir. Su primera conducta en los días precedentes había sido muy extraña. El 4, como ya hemos visto, había declarado la guerra á la monarquía. El 8 pareció que se interesaba todavía por la monarquía, y advirtió al departamento que no podía responder de la seguridad del castillo. El 9, había pedido que se estableciese un campamento en el Carrousel.

¿Aquel campamento de guardias nacionales dominando la plaza la hubiera defendido? ¿ó por el contrario, había hecho imposible toda defensa? Esto es lo que no puede asegurarse. El castillo no hubiera podido disparar desde sus ventanas si no haciendo fuego sobre sus defensores. El 9, todavía, Petion, sea para adormecer á la corte, sea por cansancio, ó por convicción de que el movimiento no se verificaría, había pedido al departamento la suma de 20.000 francos para despedir á los marseleses que, desanimados, querían alejarse de París.

Petion entró, pues, de buena ó de mala gana en la caverna de los leones. Jamás había tenido el castillo un aspecto tan sombrío. Sin contar una masa de tropas de todas armas, de la artillería formidable que ocupaba los patios, tuvo que atravesar una muralla de oficiales franceses ó suizos que le miraban de una manera poco tranquilizadora. En cuanto á los guardias nacionales, su actitud no era más satisfactoria; los que estaban allí eran únicamente los más violentos realistas de los batallones, conocidos por su realismo, de los Filles-Saint-Tomas, de los Petits-Peres y de la Butte-des-Moulins. Los nombres de traidor y de Judas eran lanzados al rostro del alcalde de París. Demostró su flema acostumbrada. Llegó sin obstáculo á las habitaciones del rey, llenas de gente, sombrías, á aquella misma habitación donde en la noche del 21 de Junio le había hablado Luis XVI con tanta dureza; aquel mismo diálogo, si se hubiera repetido la noche del 10 de Agosto, habría sido la sentencia de muerte para Petion. Había allí muchos caballeros de rostro pálido á los que la sola presencia del alcalde de París producía estremecimientos nerviosos. Mandat, el comandante de la guardia nacional, sin calcular que acaso exponía á Petion á ser asesinado, le sometió á esta especie de interrogatorio: «¿Por qué habían distribuído los administradores de la ciudad cartuchos á los marseleses? ¿Por qué él, Man-

dat, no había recibido más que tres cartuchos para cada uno de sus guardias nacionales?»—La corte, que desconfiaba mucho de la guardia



Señor, Vuestra Majestad no tiene que perder un momento (Pág. 148)

nacional, no había exigido que estuviese mejor provista de provisiones. En cambio, cada uno de sus suizos podía disparar cuarenta tiros.

Petion, sin admirarse, repuso con el aire tranquilo que le era peculiar: «Habéis pedido pólvora, pero no estabais en regla para tenerla.»

La respuesta no era muy satisfactoria; el mismo alcalde, Petion, era el que debía hacer que la municipalidad lo acordase y diera poder al comandante; si éste no estaba en regla, era porque el alcalde no le ponía.

La conferencia tomaba mal giro; todo el mundo estaba conmovido, excepto el rey, que se separaba de su confesor, acababa de poner en paz su conciencia y no se inquietaba mucho por lo que pudiera suceder. Petion no se encontraba bien. La habitación era pequeña, había en ella mucha gente y la atmósfera estaba viciada. «Se ahoga uno aquí, dijo; bajo para tomar el aire.» Y sin que nadie se atreviera á impedirselo, bajó al jardín.

Su paseo fué largo, mucho más de lo que él hubiera deseado. El jardín estaba cuidadosamente cerrado. Petion no estaba arrestado, pero le seguían y vigilaban de cerca. Los guardias nacionales que iban y venían le llenaban de injurias y de amenazas. Por un momento se cogió del brazo de Roederer, procurador síndico del departamento, y se sentó hablando con él, sobre la terraza que rodea el palacio. La luna iluminaba el jardín; pero aquella terraza, envuelta en la sombra que proyectaban los edificios, había sido iluminada por una fila de farolillos. Los granaderos de los Filles-Saint-Tomás los apagaron. Varios decían: «Ya le tenemos; su cabeza responderá de todo: «Otros, más jóvenes ó más exaltados por el vino y el peligro, aparentaban no comprender cuanto importaba conservar una cabeza tan preciosa. A cada momento llegaba el ministro de justicia á decirle: «Subid, no os vayais sin haber hablado con el rey; el rey quiere hablaros á toda costa.» A lo cual respondía flemáticamente: «Está bien» y así ganaba tiempo.

En el Hotel de Ville no podían hacer nada hasta que hubieran rescatado á Petion. Se ideó pedir á la Asamblea que le reclamase. Algunos diputados, al toque de rebato, se habían reunido, aunque en pequeño número; sin embargo, decretaron como Asamblea nacional que el alcalde debía presentarse en la barra. Petion, obligado en nombre del rey á quedarse y en nombre de la Asamblea á partir, optó desde luego por la Asamblea, no hizo más que atravesarla y se volvió á pie á su casa. Entretanto, esperaba su coche en el patio de las Tullerías, como en representación suya: hasta las cuatro tuvieron en el castillo la candidez de creer que iba á volver de un momento á otro, entregándose nuevamente en manos de sus enemigos.

Los amigos de Petion le recibieron con demostraciones de alegría, pero le pusieron á buen recaudo, encerrándole cuidadosamente, creyendo con razón que, en los momentos de acción, el ídolo popular no servía para nada. Teniéndole ya en seguridad eran libres de obrar. Los comisionados de las secciones reemplazaron á la antigua Comuna en nombre del pueblo, mantuvieron en su puesto al procurador de la Comuna Manuel y á su sustituto Danton, y dieron como primera orden la de que desalojase la artillería el Puente-Nuevo, en donde estaba por mandato

del comandante de la guardia nacional. De este modo restablecieron la comunicación entre las dos orillas y abrieron el paso al barrio de San Marcelo á los Franciscanos y á los marseleses.

Este era, en realidad, el acto decisivo de la insurrección. Danton, que hasta entonces había permanecido en el Hotel de Ville, volvió tranquilamente á su casa á tranquilizar á su mujer. La suerte estaba echada, y no había más que fiarla al destino.

El interior del castillo en aquel instante ofrecía un espectáculo cómico y terrible. Todo era indecisión, debilidad, ignorancia. La única autoridad popular que había en el castillo era Roederer, procurador síndico del departamento. Uno de los ministros le preguntó: «¿No nos permitiría la Constitución proclamar la ley marcial?» El procurador sacó la Constitución del bolsillo y buscó en vano el artículo. ¿Pero aunque se hubiese proclamado la ley, quién la habría ejecutado?

Cuando se supo que Manuel había ordenado que se desalojase el Puente Nuevo, es decir, que se había asegurado el paso á la insurrección, ni los ministros, ni Roederer quisieron cargar con la responsabilidad de dar una orden contraria. Roederer dijo que no podía hacer nada sin saber si Manuel había obrado con la autorización de la municipalidad; que era preciso, para discutirlo, hacer que fuesen todos los miembros del departamento á las Tullerías (cosa difícil á aquella hora). El departamento envió únicamente á dos de sus miembros; Roederer quería que fuesen todos. Para esto se necesitaba una orden del rey. El rey dijo que constitucionalmente no podía ordenar nada sino por medio de un ministro. El ministro no estaba allí y se aplazó la cosa hasta el momento en que volviese.

Eran cerca de las cuatro. Se oyó el ruido de un coche; abrieron un balcón: era el coche del alcalde que, cansado de esperar, se iba vacío. El día comenzaba á clarear; madama Isabel se acercó á una ventana y dijo á la reina: «Hermana, venid á ver como se levanta la aurora.» La reina fué, el día era ya espléndido, pero el cielo tenía color de sangre.

Examinemos, puesto que ya es de día, el estado de la plaza; calculemos sus fuerzas. Eran todavía formidables, menos que á media noche, es cierto; una parte de los guardias nacionales había desaparecido.

El núcleo de la guarnición eran 1.330 suizos, excelentes soldados, valientes y disciplinados, obedientes hasta morir. Este número es el que acusa en su libro el comandante Pfyffer. Pero hay que agregar á él un número bastante considerable de guardias constitucionales licenciados, que habían adoptado el uniforme rojo de los suizos y fueron á combatir bajo aquel disfraz. Sus cadáveres, después del combate, se distinguían fácilmente en lo fino de sus ropas interiores y en la elegancia de sus peinados; los verdaderos suizos llevaban el pelo cortado al rape; sus camisas eran ordinarias. La presencia de aquellos falsos suizos en las filas de los verdaderos extrañó sin duda á éstos y no dejó de